

EL PROCESO PERSONAL

Buscando coherencia entre lo personal y lo social. Introducción a la tesina “Teoría sexo-género y polaridad masculino-femenina”.

Para encontrar el origen del interés por este tema, me he de remontar, como no, hasta mi infancia y adolescencia. Ese tiempo en que voy descubriendo que me gustan los hombres y no las mujeres, como debía ser. Ese tiempo en que intento negármelo e intento ser “normal”, en que me siento descolocado con mi grupo de amigos. No me gusta hacer lo que ellos hacen, no me gusta jugar a fútbol y, sobre todo, no deseo a las mujeres.

En ese tiempo no conocía a nadie que le pasase lo mismo que a mí. O mejor dicho, si conocía pero ninguno nos atrevíamos a compartirlo, viviendo cada uno su sufrimiento en soledad. El único referente de “maricas” eran los que salían en las películas de “Ozores” y ese no me valía.

Todavía se me mueve algo por dentro al recordar la rabia sentida por haber tenido cerca de mí amigos que pasaban por lo mismo que yo y no habernos atrevido a compartirlo, sentía rabia por una sociedad que no nos facilitaba esa oportunidad y por no haber tenido fuerza para afrontarlo.

Esa situación hacía difícil estar en un grupo de hombres, estando siempre alerta de que “no se notase nada”, negando como yo era y manteniendo siempre una imagen, lo más masculina posible.

Efectivamente, mi salida natural, fue acercarme al mundo de las mujeres, donde me sentía más libre, menos condicionado. Pero, tampoco tenía la sensación de pertenecer a ese grupo.

En ese tiempo la única visión que tenía era masculino o femenino, sin matices, sin estados intermedios. Esto hacía que fuese imposible colocarme en alguno de los polos en los que yo creía se tenía que definir toda persona. Con lo cual me quedaba solo en una tierra de nadie, sin ningún grupo de referencia real, evitando ser reconocido por mi propio ser, creando afectos basados en la máscara que mostraba, no en quien yo realmente era.

Algunas personas homosexuales han sido capaces de mostrarse como son, pasando por encima de lo que piensen los demás, yo no lo era.

En estas circunstancias, mi salida fue buscar nuevos espacios alternativos donde poder mostrarme de una forma más natural, donde lo “raro”, lo diferente fuese aceptado e incluso valorado.

En un pueblo pequeño, no hay espacios específicos para las diferentes “rarezas”, de modo que todas aquellas personas que por diferentes razones nos sentíamos excluidos del modelo social imperante, nos encontramos formando una especie de grupo en el que lo que nos une no es lo que tenemos en común, sino el hecho de no ser comunes.

La reacción que provoca eso en mí, como forma de autodefensa y reafirmación, es reivindicar todo aquello que me aleja de esa sociedad que no me acepta. Mejor dicho, que yo creo que no me va aceptar si me conoce, ya que no di oportunidad a sentir el rechazo y tampoco, por tanto, la aceptación.

Dentro de este grupo empiezo a encontrar personas con las que siento más afinidad, no todos somos iguales. Mujeres que no aceptan los roles establecidos, hombres heterosexuales que no se comportan según el modelo imperante de masculinidad y los primeros homosexuales masculinos y femeninos que se reconocen como tales.

Charlas, asamblea, militancia, no había duda, teníamos un ENEMIGO común, el PATRIARCADO, ya no nos sentíamos “marginales”, nos creíamos “élite”.

Nuestro mecanismo de defensa era el orgullo de ser diferente y con ese orgullo nos enfrentábamos al mundo. No era la sociedad la que no nos aceptaba, ahora éramos nosotros la que la rechazábamos. Y así, nos sentíamos seguros.

A toro pasado, valoro de forma positiva el haberme visto “obligado” a transitar por espacios de reflexión y de acción que, si las circunstancias hubiesen sido otros quizá hubiese evitado, y que me han llevado a ser lo que soy.

Así, las teorías de sexo-género y el discurso antipatriarcal se fueron convirtiendo en un referente fundamental para mí.

El mismo discurso explica y da sentido a la lucha de mujeres y homosexuales. Una lucha por ocupar un espacio en una sociedad donde el poder se lo han quedado los hombres heterosexuales, una sociedad en la que lo valorado es lo masculino.

Es un discurso que me sirve para entender y situar el espacio que ocupamos los homosexuales como grupo en la sociedad.

Pero todavía transcurrió bastante tiempo hasta que me planteé la necesidad de hacer un trabajo para integrar el discurso teórico de una forma más personal.

Este trabajo pasa, no obstante, por ver las dos polaridades en mí y por continuar ese tránsito de lo teórico a la real integración que vengo haciendo desde hace ya algunos años.

Desde un punto de vista social, esta perspectiva me ha ayudado a entender, en gran medida, las relaciones que se establecen entre las personas. Hay que tener en cuenta que el análisis que se hace desde las teorías de género está muy relacionado con el poder. En principio, asumir un rol masculino, sea cual sea el sexo de la persona implica asumir el mando, mientras que asumir roles femeninos implica la sumisión.

Mas específicamente, el interés por este tema, me ha servido para crear un marco teórico desde el cual observar y analizar las diferentes formas de enfrentarse a la homosexualidad, así como el tipo de relaciones, tanto sociales como de pareja, que establecemos gays y lesbianas.

Llegado a este punto, me gustaría describir algunas de las reflexiones a las que he ido llegando a partir de este análisis y que son las que pretendo desarrollar a lo largo de esta tesina:

Por una parte, la no aceptación de hombre y mujer como dos elementos estancos en los cuales debía posicionarme, me ha ayudado a asumir diferentes formas de ser hombre y por tanto, también aceptar diferentes formas de ser mujer.

El partir de esta mirada ha sido fundamental a la hora de trabajar con grupos de hombres homosexuales, permitiendo una visión amplia del ser persona y evitando el tener que aceptar unos estereotipos predeterminados, mediatizados por lo social y quizá no suficientemente asumidos personalmente.

En cierto modo, una vez traspasado el primer escollo de la aceptación de la homosexualidad, nos encontramos con la dificultad de integrar esta orientación sexual con nuestra “verdadera forma de ser”, llevando en ocasiones a diferentes tipos de trastornos o por lo menos a disonancias.

Desde mi punto de vista, entre homosexuales masculinos se pueden observar diferentes conductas relacionadas con una mala integración de esta polaridad.

Así, y tomando como referencia casos extremos de vivenciar esta polaridad vemos:

Por una parte, homosexuales que por intentar dar coherencia a sus deseos hacia otros hombres asumen formas y maneras de “mujer” que, aunque pueden ser asumidas de una forma coherente, muchas veces se adoptan de forma automática para que exista una relación entre el deseo sexual y la forma de actuar.

“Si me gustan los hombres y eso es cosa de mujeres me comportaré como una mujer”, sería la idea que subyace a esta actitud.

Por otra parte existe el modelo “hipermasculino” que respondería a la idea *“Voy a demostrar que aunque me gusten los hombres soy muy hombre”*.

Evidentemente, considero que cuando estas opciones son bien integradas por la persona no suponen ningún tipo de trastorno. El problema aparece cuando son asumidas sin conciencia, provocando un conflicto entre el rol asumido y la verdadera esencia de la persona.

Otro tema que me interesa es el de las relaciones de los homosexuales con hombres y mujeres heterosexuales. Por un lado, es conocido la tendencia de los hombres homosexuales a tratar con mujeres y su cierto temor a relaciones con hombres “heteros”. Existe cierta sensación en el gay de estar fuera del mundo masculino. Un mundo que puede atraer en muchos aspectos, pero del cual se siente excluido por no coincidir en el objeto de deseo. Esto, quizá, provoca un acercamiento al mundo de las mujeres, en el que encuentra más comprensión, y con el cual tampoco se siente totalmente implicado.

Como ya he indicado, el ser homosexual y el estar interesado por investigar sobre como colocarme en el mundo, me ha llevado a sentirme muy próximo al movimiento feminista, en el sentido de que ambos tenemos un oponente común que es la estructura patriarcal.

Esta estructura, que dificulta el libre desarrollo de mujeres y homosexuales, especialmente, también aprisiona a los hombres heterosexuales que, como veremos en el desarrollo de este trabajo, encuentran limitado su desarrollo personal dentro de este marco.

Así, me he ido interesando por el mundo de los hombres. Intentando acercarme a hombres heterosexuales, sin prejuicios, viéndoles como personas individuales, no como miembros de un grupo antagónico.

Poco a poco he podido ir perdiéndoles el “miedo”. No hay nada como el conocimiento y el adentrarse en experiencias que en un principio ocasionan disgusto, vergüenza, ansiedad y un miedo paralizador, para perder prejuicios y relacionarse con las personas y con la vida en general de una forma más libre y confiada.

Desde un punto de vista más intelectual, me planteo observar como se van situando ante la nueva organización social.

Esta estructura les impide aceptar su parte más emocional y, además, según evoluciona el proceso liberador de las mujeres, les dificulta esta relación, ya que el cambio en las mujeres les exige un cambio de actitud si quieren relacionarse con ellas.

Este marco de relación ya no es posible dentro de una estructura de poder sino que habría de darse en estructuras más igualitarias. Y, del mismo modo que al amo le cuesta aceptar que el esclavo deje de ser sumiso, al “antiguo hombre” le cuesta aceptar que las relaciones con las mujeres deben ser entre iguales. La no aceptación de esta realidad provoca tensiones en las relaciones hombre-mujer y un cierto descoloque en el hombre que no se acaba de adaptar a las nuevas demandas de la mujer, ya que en cierto modo le supone perder su identidad y buscar una nueva, en la cual solo encuentra desventajas: pérdida de poder. Si pierde el poder pierde su identidad masculina, aparece el fantasma del “calzonazos” e incluso del “maricón”. Y desde ahí, se revela como gato panza arriba frente a esta nueva estructura social que ya no tiene marcha atrás.

Efectivamente, las protagonistas de este cambio han sido las mujeres. Nunca debemos olvidar que ha sido el movimiento feminista el que ha iniciado el cambio, mujeres individuales que se han asociado para apoyarse en la lucha por sus derechos.

Pero, también para la mujer enfrentarse a esta nueva realidad está suponiendo serias dificultades, ya que está asumiendo parte del campo que hasta hace poco estaba reservado a los varones (salir al exterior, trabajo fuera de casa) y, a la vez, sigue responsabilizándose de lo que tenía antes, todo el trabajo hacia adentro (cuidado del hogar y crianza). De esta tensión ha de salir un nuevo modelo de relación cómoda para hombre y mujer o se romperá la cuerda.

Así, todo el tema de la polaridad masculino-femenino toma una gran importancia en la educación de los niños y niñas como agentes de una nueva sociedad en la que se vivan relaciones de igualdad.

Este tema toma una especial relevancia para mí en la práctica profesional, ya que llevo mucho tiempo trabajando en educación, como director de una escuela infantil y como formador de equipos educativos. Lo cual me ha permitido observar e intervenir directamente con los diferentes agentes que forman parte del proceso educativo: niños y niñas, profesorado y familias.

Tengo la impresión de que en las nuevas generaciones masculinas se está dando un importante cambio en las formas pero no tanto en el fondo. Parece que se asume más fácilmente lo referente al cuidado externo, a la imagen pero se mantiene la resistencia al cambio de valores internos. De ahí la importancia de llevar a cabo un abordaje educativo desde un enfoque más personal, más interno,... más gestáltico.

Es imprescindible dar valor a todo lo que ha supuesto la cultura femenina (cuidado y trabajo doméstico) para que el joven esté dispuesto a asumirlo. Estos son los valores a desarrollar. Valores relacionados con la parte femenina, valores positivos para una sociedad más igualitaria y que se base en el respeto, la ayuda y la colaboración. Ya que en el inconsciente masculino colectivo lo que impera es la ley del más fuerte, la ley de la guerra.

Todo esto, me lleva a acercarme a un tema fundamental en nuestros días y es el tema de la violencia de género. Este tipo de violencia está claramente determinado por la situación indicada: reivindicación de la mujer de un nuevo espacio social y resistencia del hombre a permitirlo.

Cuando esta violencia es aceptada, tanto por hombres como por mujeres, es porque se asume la estructura de poder establecida.

Cuando una mujer no acepta esta estructura y se encuentra con un hombre que no está dispuesto a adaptarse aparece el choque. Este hombre reacciona según su ideario de lo que es un hombre: con violencia. De modo que este hombre necesita aprender nuevas formas de reaccionar ante la situación, aceptando y asumiendo otras formas de ser hombre.

Me gustaría creer que el aumento de la violencia de género forma parte de ese último intento del varón por no abandonar la situación de poder sobre la mujer y de no haber sido educado todavía en las emociones, de modo que no le es posible digerir el abandono de la persona amada, aún cuando ésta manifieste de forma reiterada su deseo de interrumpir la relación. Me gustaría creer que un día, no muy lejano, hombres y mujeres podrán encontrarse en una relación en la que el poder esté en el fondo y no se haga figura.

"Un día tuve un sueño..." Martín Luter King.

Desde ahí la importancia de educar en valores igualitarios a los niños/as y jóvenes con el fin de crear una nueva sociedad donde se recoja lo positivo de lo masculino y lo femenino. Lo cual supone, sobre todo, reivindicar gran parte de lo femenino y cuestionar gran parte de lo masculino.

A los hombres se les puede transmitir esta idea también desde un punto de vista práctico, no va a haber otra forma de relacionarse con la mujer. Ya que estas, creo, no están dispuestas a desandar lo avanzado en este tiempo de lucha.

El abordaje de este tema, tiene mucho que aprender del enfoque gestáltico, desde el cual se plantea un trabajo con las personas, tanto individual como grupal (es necesario cambiar a las personas para cambiar la sociedad). Cuestionando y valorando la polaridad masculino-femenino como un continuo en el que la persona puede colocarse de acuerdo a sus características y al momento concreto, en el cual los modelos hipermasculino e hiperefemenino son, únicamente, los extremos imaginarios de una infinidad de alternativas.

Así, a través de todo este proceso en el cual fui combinando mis intereses personales y profesionales me encontré con la necesidad de hacer un trabajo más personal en referencia a este tema. Tenía mucha teoría para entender y entenderme, pero me faltaba el enfrentarme a mi propia vivencia de esta polaridad.

A través del trabajo en la gestalt, formación y terapia, es donde descubro como tapo yo mi parte emocional, las barreras que había creado para que no apareciese lo femenino, que no se me viese “la pluma”, mi dificultad para aceptar mi parte femenina.

Recuerdo mi enorme resistencia para vestirme de mujer en un taller, vi que existía un miedo a quedarme ahí, a que una vez aceptase mi parte femenina me quedase en ella, en la polaridad tanto tiempo evitada. He visto como ese no querer aceptar una parte de mí, tapar una parte que ahí estaba, me ha supuesto un gran gasto de energía.

He reconocido mi propio miedo a acercarme a los hombres, mi limitada adaptación al mundo de las mujeres y descubierto la importancia de ser una persona y ver a los demás de la misma manera, no solo desde su sexo.

A poder decir a un hombre que me gusta, porque sí, sin estarme peleando con el “éste que se va a creer”.

He descubierto, en definitiva, el rencor del guerrero que se iba defendiendo.

He comprendido y aceptado la postura de mis padres, su desconcierto y su posterior deseo de acercamiento que yo les negaba, también por rencor.

Y estoy dispuesto a arriesgarme. Me siento más fuerte para aguantar los posibles rechazos, pero ya no por homosexual, sino como persona que no tiene que gustar a todo el mundo necesariamente. Y desde aquí me voy sintiendo, poco a poco, más seguro, para poder afrontar este tema que tanto me interesa, sin tener que irme defendiendo, precavido ante los posibles contactos, ante las posibles opiniones. Esto da coherencia a mi discurso y me ayuda a defenderlo.

En resumen, el viaje ha ido de lo político a lo personal, para regresar a lo político de una forma más integrada, menos defensiva y más humana.

